

LA FOTOGRAFIA

Cuento de ENRIQUE AMORIM

Este cuento ha sido publicado en el N° 91 de SUR (abril 1942)

El fotógrafo del pueblo se mostró muy complaciente.

Le enseñó varios telones pintados. Fondos grises, secos, deslucidos. Uno, con árboles de inmemorable frondosidad, desusada naturaleza. Otro, con sendas columnas truncas, que —según el hombre— hacían juego con una mesa de hierro fundido que simulaba una herradura sostenida por tres fustas de caza.

El fotógrafo deseaba conformarla. Madame Dupont era muy simpática a pesar del agresivo color de su cabello, de los polvos de la cara pegados a la piel y de alguna joya, dañina para los ojos cándidos del vecindario. Con otro perfume, quizás sin ninguna fragancia, habría conquistado un sitio decoroso en la atmósfera pueblerina. Pero aquella señora no sabía renunciar a su extraña intimidad.

—Salvo que la señora prefiera sacarse una instantánea en la plaza. Pero no creo que tenga ese mal gusto — dijo el fotógrafo. Y rió, festejándose su observación —. Me parece más propio que obtengamos una fotografía como si usted se hallase en un lindo jardín; tomando el té... ¿He interpretado sus deseos?

Y juntó una polvorienta balastrada y la mesa de hierro fundido al decorado de columnas. Dos sillas fueron corridas convenientemente, y el fotógrafo se alejó en busca del ángulo más favorable. Desapareció unos segundos bajo el paño negro y volvió a la conversación como quien regresa después de hacer un sensacional descubrimiento:

—¡Magnífico, magnífico!... — El paño fué a parar a un rincón—. Acabó de ver perfectamente lo que usted me ha pedido...

La mujer miraba el escenario con cierta incredulidad. La pobre no sabía nada de esas cosas. Se había fotografiado dos veces en su vida. Al embarcarse en Marsella, para obtener el pasaporte. Y un retrato en América, con un marinero, en un parque de diversiones. Por supuesto, no había podido remitir esa fotografía a su madre. ¿Qué iba a decir su madre al verla con un marinero, tan luego su madre que odiaba el mar y la gente de mar?

Volvió a explicarle al fotógrafo sus intenciones:

—Quiero un retrato para mi madre. Tiene que dar la impresión de que me lo han sacado en una casa de verdad. En mi casa.

El hombre ya sabía de memoria las explicaciones. Pretendía un retrato elocuente que hablase de ella. Conocía la dedicatoria que llevaría al pie: "A mi inolvidable madre querida, en el patio de mi casa, con mi mejor amiga".

la salida de la clase. Mañana. Cuando los niños volviesen a sus hogares. "Merci, merci..."

Madame Dupont no recordaba si había monologado, simplemente. Si la maestra había dicho que sí o que no... Pero recordaba una frase desvanecida en su memoria, no escuchada desde tiempo atrás: "Con mucho gusto".

Y dió las gracias con palabras de su madre. Y antes de dormirse besó el retrato de su madre, poniéndolo nuevamente en su sitio, entre una pila de sábanas, amortajado.

Al fin, alguien del otro lado del mundo se había dignado tenderle la mano para que ella pudiese dar un salto. Pensaba, mientras se dirigía a la casa del fotógrafo, que tal vez fué el comienzo de una nueva etapa en su vida. La maestra le había contestado con naturalidad, como si prometiese sin mayor esfuerzo. Aquel detalle la tranquilizaba.

No acababan de acomodar las sillas, de situar la mesa, de dar golpes de plumero al polvoriento balcón de "papier mâché".

El fotógrafo, cansado de rectificar el cuadro, se asomó a la puerta de calle a ver pasar la gente. Cuando los niños salieron de la escuela, entró a enterrar a su clientela. La maestra ya estaría en camino.

—Dentro de un momento llegará — aseguró la mujer —. Ha de estar arreglándose.

Al cuarto de hora los alumnos habían colgado sus delantales blancos y se les veía otra vez vagabundear por la calle, sucios, gritones, comiendo bananas, cuyas cáscaras arrojaban en los zaguanes con crueles intenciones, a la expectativa del porrazo. Los días que se sentían malos, sin saber por qué.

—Ya debería estar aquí. Lamento comunicarle — dijo el hombre — que dentro de poco no tendremos luz suficiente para una buena placa.

La mujer aguardaba, disfrutando del apacible rincón, feliz en su espera. Nunca había permanecido tanto tiempo en un sitio tan amable y familiar. Se colmó de una dicha honrada, sencilla, desconocida.

Con las primeras sombras, Madame Dupont abandonó el local. Se alejó envuelta en una disimulada tristeza. Dijo que volvería al día siguiente. La maestra, sin duda, había olvidado la cita.

Al doblar la esquina de su calle, la vió huir del balcón. Oyó el estrépito de la celosía como una bofetada. Después lo sintió en sus mejillas, ardiendo.

No es fácil olvidar un trance semejante. Y menos aún si se vive una vida tan igual, tan lentamente igual.



Porque Madame Dupont acostumbraba a salir una vez a la semana y ahora ha reducido sus paseos por el pueblo. Suele pasar meses sin abandonar los horribles muros de su casa.

No ha vuelto a ver a la maestra marchitarse en el balcón de mármol, a la espera del amor, de la ventura.

El fotógrafo archivó el decorado, la tela pintada con aquel árbol de fronda irreal. Sobre la balastrada cae un polvillo sutil, que es el alma del pueblo, la huella de sus horas apacibles.

Los niños siguen arrojando cáscaras de fruta en los zaguanes, con perversas intenciones. Sobre todo cuando sepla el viento norte. Y se oyen gritos de madres irritadas, de padres coléricos.

A veces, no está demás decirlo, hay que encoger los hombros y seguir viviendo.

ENRIQUE AMORIM

L E T R A S I N G L E S A S

... y la gente de mar?

Volvió a explicarle al fotógrafo sus intenciones:

—Quiero un retrato para mi madre. Tiene que dar la impresión de que me lo han sacado en una casa de verdad. En mi casa.

El hombre ya sabía de memoria las explicaciones. Pretendía un retrato elocuente que hablase de ella. Conocía la dedicatoria que llevaría al pie: "A mi inolvidable madre querida, en el patio de mi casa, con mi mejor amiga".

Era fácil simular la casa. Los telones quedarían admirablemente. Faltaba la compañera, la amiga.

—Eso es cosa suya, señora. Yo no se la puedo facilitar. Venga usted con ella y le garantizo un grupo perfecto.

Madame Dupont volvió tres o cuatro veces. El fotógrafo se mostraba complaciente, animoso.

—Ayer saqué a dos señoras contra ese mismo telón. ¡Fantástico! Ya está probado. El grupo sale perfecto. Vea la muestra. Parece el jardín de una casa rica.

La clienta sonrió ante la muestra. Tenía razón el fotógrafo. Un retrato verdaderamente hermoso. Dos señoras, en su pequeño jardín, tomando el té.

Y volvió alegremente hasta las puertas de su casa vergonzosa, en los arrabales del pueblo.

A unos cien metros de su oscuro rincón, vivía la maestra, la única vecina que respondía a su tímido saludo:

—Buenas tardes.

—Buenas...

A la pobre señora del pelo oxigenado le temblaban las piernas. El saludo se le desarticulaba en los labios. Y seguía pegada a los muros, sin levantar la vista.

Tal vez algún día consiguiese valor para detener el paso y hablarla. La maestra parecía marchita, apoyada en el balcón de mármol con aire melancólico y fracasado. El balcón era semejante al de utilería. Bien podría ella prestarle un favor. ¿Por qué no atreverse? No se negaría ante una solicitud tan insignificante.

Al fin, una tarde se detuvo. Una tarde sin gente, con perros vagabundos. Pasaba un carro de pasto verde, de esos a los que se les pide una gracia. Y la otorgan...

Se detuvo repentinamente. Claro, no la esperaban. Y le explicó el caso, lo mejor que pudo. Sí, era nada más que para sacarse un retrato destinado a su madre. Un retrato de ella con alguien, así como la señorita, respetable... Sonrió, segura de ayudarse con un gesto. Se retratarían las dos y ella le pondría una dedicatoria. La madre, una viejita ya en los últimos años, comprendería que su hija habitaba una casa decente y tenía amigas, buenas amigas a su alrededor. La escena ya estaba preparada desde días atrás. ¿Sería ella tan amable de complacerla? Las relaciones de Madame Dupont son muy escasas y no se prestan para cosas así. No sirven. Además, no la entienden. ¿La podía esperar en casa del fotógrafo? Sí, la esperaría a

tra, sin duda, había olvidado la cita.

Al doblar la esquina de su calle, la vió huir del balcón. Oyó el estrépito de la celosía como una bofetada. Después lo sintió en sus mejillas, ardiendo.

No es fácil olvidar un trance semejante. Y menos aún si se vive una vida tan igual, tan lentamente igual.

los zaguanes, con perversas intenciones. Sobre todo cuando sopla el viento norte. Y se oyen gritos de madres irritadas, de padres coléricos.

A veces, no está demás decirlo, hay que encoger los hombros y seguir viviendo.

ENRIQUE AMORIM

LET R A S I N G L E S A S

A PLANNED ECONOMY OR FREE ENTERPRISE? by E. Lipson.

(¿Economía dirigida o libre iniciativa?) — Editado por A. y C. Black, en Londres, 1944

EL autor de este libro es un distinguido economista cuya obra sobre el período mercantilista es bien conocida.

En la presente utiliza sus conocimientos históricos para desarrollar su tesis sobre los problemas generales de la política económica de post-guerra y particularmente sobre la elección entre la economía dirigida y la libre iniciativa. La perspectiva histórica sobre la que coloca la situación moderna, le permite proponer una solución menos radical que la de algunos reformadores y que está de acuerdo con la tradición inglesa, lo que le da más probabilidades de éxito.

La primera parte del libro está dedicada al examen del período mercantilista en la historia de la economía inglesa lo que le permite hacer varios paralelos interesantes con la situación actual. Destaca la doble tendencia de la historia inglesa: el individualismo y el contralor comunal y considera el desarrollo de esta última forma como la reacción al extremo individualismo del "laissez-faire" del siglo XIX.

Después de pasar revista en forma muy breve a la política económica del período comprendido entre las dos últimas guerras, el autor, en los últimos capítulos del libro, indica las directivas que cree conveniente seguir en la política de post-guerra. Destaca la continuidad y flexibilidad de las instituciones y tradiciones ingle-

sas y llega a la conclusión de que un cambio paulatino en y a través de esas tradiciones e instituciones tiene más probabilidades de éxito permanente que una reconstrucción violenta.

EDUCATION THROUGH ART

(La educación por medio del arte) — por Herbert Read. — Editado por Faber & Faber en Londres, — 1944

EL autor, que es ya conocido por sus magníficos ensayos sobre estética y teoría política, recuerda en este libro, que hace muchos siglos ya Platón sostenía que el arte debe ser la base de la educación. Partiendo de este punto, lo analiza a la luz de los conocimientos actuales, sin apartarse de la realidad más objetiva. Destaca la gran similitud que existe, tanto en ritmo como en imaginación, entre los dibujos de los niños del siglo XX y las antiguas "mandalas" que utilizaban los místicos chinos en la meditación y que pertenecen a siglos pasados.

El libro está profusamente ilustrado, con reproducciones de dibujos de todas clases, realizados por niños, algunos de los cuales se destacan por una belleza sorprendente y todos, por el interés que de inmediato despiertan. Esta obra, a la que no intentamos en estas líneas hacer un análisis detenido por carecer del espacio necesario para tratar tema tan apasionante, no sólo será leída con placer por aquellos que se sienten atraídos por el problema de la educación sino por el lector lego que encontrará en este volumen una fuente insospechada de belleza.

THE FUTURE OF ECONOMIC SOCIETY

(El futuro de la sociedad económica) — por Roy Glenday. — Editado por Macmillan, en Londres, 1944

EL hombre de negocios británico o americano ha sido siempre un individuo aferrado a determinados conceptos antiguos y hostil tanto al colectivismo como a la regimentación de los sistemas del socialismo de estado. Pero, al mismo tiempo, ha sido un individuo cuyos procesos mentales fueron siempre constructivos. El autor es el Asesor Económico de la Federación de Industrias Británicas y su visión del futuro, del comercio y la industria británicos, de su desarrollo y de los métodos de organización que necesitará el mundo de post-guerra, son de un interés e importancia extremados.

Sostiene el autor, que el individualismo que predominó hasta la guerra actual se halla agotado tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos y que tendrá que idearse una nueva forma de utilizar su iniciativa e impulso en un nivel más alto de organización. Es así como prevé la creación de un nuevo tipo de sistema económico que tenga como punto focal del esfuerzo industrial, a la comunidad.

Las secciones históricas de este libro le dan un valor especial y la expresión de las ideas del autor se realiza en forma tan vigorosa y persuasiva que atrae la atención de aquellos que se ocupan de los problemas de la Industria de Post-guerra y de la organización que regirá.